

Sara

Nahir Daniela Ullúa



# Capítulo 1

Ella fue a la tierra de Hollywood con un collar de bodas de tiritas de vidrio colgando suelto de su cuello, como una soga, antes de que se despidiera.

Se fue a la tierra de los sueños con orgullo coloreando su sombra; un altivo movimiento de su espesa trenza; ¿y por qué no?

Su nombre era Sara, y recibió su nombre de un sueño.

¿Por qué no? Pensé, aunque lloré la noche anterior porque ella tuvo la oportunidad otorgada a sus caderas curvas, su sonrisa blanca de Colgate, sus ojos azules.

¿Y que hay de mi? Que hay de mí.

Nunca he tenido la inteligencia de una sencilla mujer.

La envidié desde el día en que me di cuenta de que lucir bonita era más importante que ser rudo.

Siempre había sido bueno en los juegos, en las peleas, en ser, bueno ... rudo.

Cuando éramos mucho más jóvenes, solía intimidarla tanto que nunca se unía a ninguno de nuestros juegos.

Se convirtió en un fantasma débil, una chica que era solo eso ... una chica. No más.

Bueno, yo ... bueno; yo era más un niño, un luchador, alguien que se reía cuando la madre le aconsejaba a la hija que se lavase el pelo en barro rojo para hacerlo brillante y negro como el carbón.

Corrí tras cometas y aprendí que golpear con la palma de tu mano en la cara de alguien es mucho más efectivo que curvar esa misma mano en un puño.

Aprendí que uno nunca debe golpear a alguien con el pulgar escondido dentro del puño cerrado con los nudillos blancos.

Aprendí que si alguien te mira los ojos con dos dedos, puedes llevar tu mano aplastada verticalmente hacia tu nariz, y los dedos de quien sea que sean largos, nunca llegarán a tus ojos.

Aprendí que ser plano era más beneficioso que redondo.

El día que descubrí que me estaba dando la vuelta, que mis piernas no podían llevarme lo suficientemente rápido, que los muchachos a los que solía golpear ahora me dominaban; la ira brillaba en el interior como un cuchillo levantado esperando caer.

A partir de entonces, dejé de pelear con los chicos y empecé a pelear con las chicas.

Podría haber muerto por mi pandilla, un grupo de nueve chicas que sabían que su único honor era su fuerza.

Un día, mi amiga caminaba por la calle después de una fiesta de la cosecha con una taza de alcohol hecho con arroz gorgoteando en su estómago.

Chocó con una mujer mayor con un bebé aferrado a su cadera; y la mujer se dio la vuelta y le dijo que vigilara a dónde iba, si quería tanto toparse con alguien, por qué no meterse con un niño y no con una mujer embarazada.

Mi amiga se abalanzó sobre la mujer, que logró empujar a su bebé justo a tiempo en los brazos de un transeúnte aturdido.

Con el arroz amargo dando vueltas en su cabeza, agarró lo primero que pudo poner sus manos en sus manos: el collar de boda de tiritas de vidrio que colgaba de la mujer mayor.

Mi amigo habría estrangulado a la mujer si ésta no le hubiera mordido la mano con tanta fuerza que le sangrara. Cuando vino a nosotros llorando, avergonzada, con la mano ensangrentada, prometimos vengarla.

Una pandilla de chicas jóvenes conoció a una pandilla de mujeres casadas en un campo abierto.

Se insultaron el uno al otro en el campo, agotando su vocabulario de todas las posibles palabras provocativas.

Luego corrieron el uno al otro. Un grupo golpeó las caras con la palma de la mano entrenada.

El otro trató de boxear con los puños cerrados, los pulgares ocultos... al menos eso era lo que esperábamos.

Pero no, ambos grupos usaban la palma de la mano, ambos grupos estaban igualmente entrenados, ambos grupos estaban en el suelo antes de que un grupo de trabajadores de la fábrica cercana separara los

cuerpos que se agarraban unos a otros como imanes enojados.

Ese fue el día en que me di cuenta de que esas mujeres casadas habían sido como nosotros una vez. Fue solo el collar de tiritas de vidrio lo que marcó la diferencia.

A partir de ese día, prometí no volver a entrar en una pelea a menos que quisiera hacer el ridículo por completo.

Estábamos jugando un partido de voleibol en la escuela de nuestra aldea. Un grupo de soldados nos miraba desde el cuartel contiguo a nuestra escuela.

Sentí rabia por las miradas lascivas; mientras bajaba un poco mis pantalones cortos por mis caderas de modo que tocaran la parte superior de mis rodillas.

Luego redondeé mis hombros para que ocultaran la redondez de mi pecho. Así como me di cuenta de que, aunque la planitud era más ventajosa, la redondez me acompañaría toda la vida.

Vi a Sara en el borde del campo, inclinado sobre la cerca para recibir una rosa roja del más guapo de todos los soldados.

Sonreía y decía algo mientras se apartaba el pelo negro de la cara con una mano plana.

Me di cuenta de que había muchas formas de ganar, muchas formas de usar una mano plana.

No vi la redondez blanca compacta de la pelota de voleibol venir volando hacia mí.

Para cuando las otras chicas gritaron palabras de advertencia, yo había alejado la cara de la cerca justo a tiempo para recibir toda la fuerza del balón en el centro de mi frente.

Un deja vu se me presentó de la manera que siempre había querido: con un puñetazo.

Dicen que me desmayé después de eso.

Lo único que recuerdo es despertarme sin ver nada más que el sol blanco y no pensar nada más que que Sara había escuchado a su madre y se había lavado el pelo con barro rojo, haciéndolo brillante y negro como el carbón.

En algún lugar entre sentir la pelota de voleibol golpear mi frente y al despertar pensando que Sara se había lavado el cabello con barro rojo, me di cuenta de que me había perdido algo en la vida;

que algo había pasado zumbando a mi lado con la velocidad de un taxi, y me quedé ahogado por los humos calientes.

Sara venía a la escuela todos los días en brazos de un niño, el mismo, otro diferente; no pude ponerme al día con las últimas noticias de su vida.

Ella ganó popularidad tan rápido; mis amigos de pandillas anteriores se unieron a su compañía.

Ellos mismos empezaron a mirar a los chicos.

Comenzaron a sonreír, a hablar, a reírse tontamente, a apartarse los mechones de cabello sueltos con la palma de la mano.

Empezaron a lavarse el pelo con barro rojo.

Hace una semana, Sara se fue con uno de sus novios. "Se escapó": la noticia llegó en forma de chismes rápidos y calientes.

La pregunta de todos los demás era "¿cuál?" Mi pregunta fue "¿cómo?" Algunos dijeron que fue el que la dejó en la escuela en su nueva motocicleta una vez.

Otros decían que fue el que le compró un sari nuevo. Nadie dijo cómo.

Dos días después, otro chisme se propagó por nuestra pequeña aldea: Sara se vendió, gritó en negrita, la vendieron a un burdel en LA. El chico solo fingió enamorarse de ella. Él le pidió a ella que se casara con él.

Dijo que la llevaría a su rica casa en Canadá. Se echó hacia atrás su brillante cabello negro como el carbón y pensó que finalmente estaría fuera de aquí.

Finalmente les mostraría a todas estas personas quién era realmente. Ella ya no recibiría órdenes.

Ella finalmente sería alguien.

Su sombra se tiñó de orgullo.

Al principio lloré porque no había aprendido a ser mujer. Luego lloré porque Sara no había aprendido a convertirse en el tipo de mujer

adecuado.

Lloré por ella mientras luchaba.

Lloré por su futuro mientras rompía mi promesa.

Lloré por el hombre que la vendió mientras rompía las mandíbulas con la palma de mi mano.

Me he ganado un cinturón negro en kárate. He peleado con hombres. He ganado torneos nacionales.

Me he enamorado. Dentro de un mes empezaré a colgarme del cuello un collar de boda con cuentas de vidrio.

Lo que haré con ese collar, será la pelea más dura de todas.